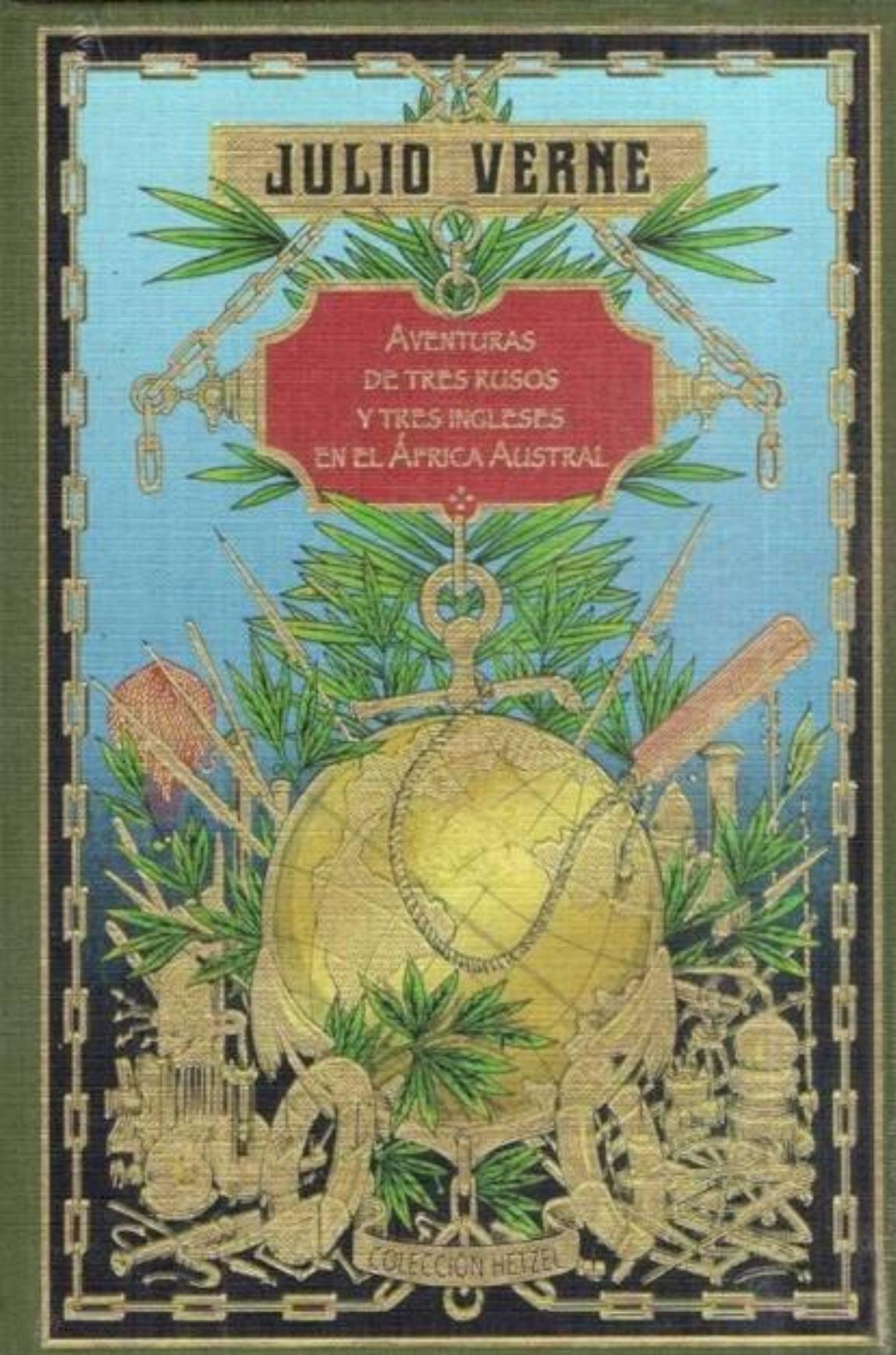


JULIO VERNE

AVENTURAS
DE TRES RUSOS
Y TRES INGLESES
EN EL AFRICA AUSTRAL

COLECCION HEITZEL



Una expedición conjunta entre Inglaterra y Rusia lleva a seis expertos tres ingleses: el coronel Everest y los señores John Murray y William Emery y tres rusos: Matthew Strux, Nicholas Palander y Michel Zorn y su guía, Mokoum, (tres astrónomos de cada uno de los dos países), son enviados para la misión. Dirigiéndose hacia el sur de África con el objetivo de medir el arco del meridiano que atraviesa el desierto de Kalahari. Los gobiernos de Inglaterra y de Rusia resuelven renovar el experimento llevado a cabo por otras naciones consistente en medir el arco meridiano.

Asociación literaria y cultural sin ánimo de lucro creada en el 2012 en
Palma de Mallorca, España.

En colaboración con:

Sociedad Hispánica Jules Verne

Agradecemos la colaboración prestada por **Bernhard Krauth** de la Sociedad Alemana Jules Verne que ha contribuido con las imágenes originales Hetzel que se reproducen en este libro.

Agradecemos la colaboración de **Ariel Pérez Rodríguez** por la coordinación de la presente edición.

Aventuras de tres rusos y tres ingleses en el África Austral

Jules Verne

JULIO VERNE
AVENTURAS DE
TRES RUSOS Y TRES INGLESES
EN EL
ÁFRICA AUSTRAL

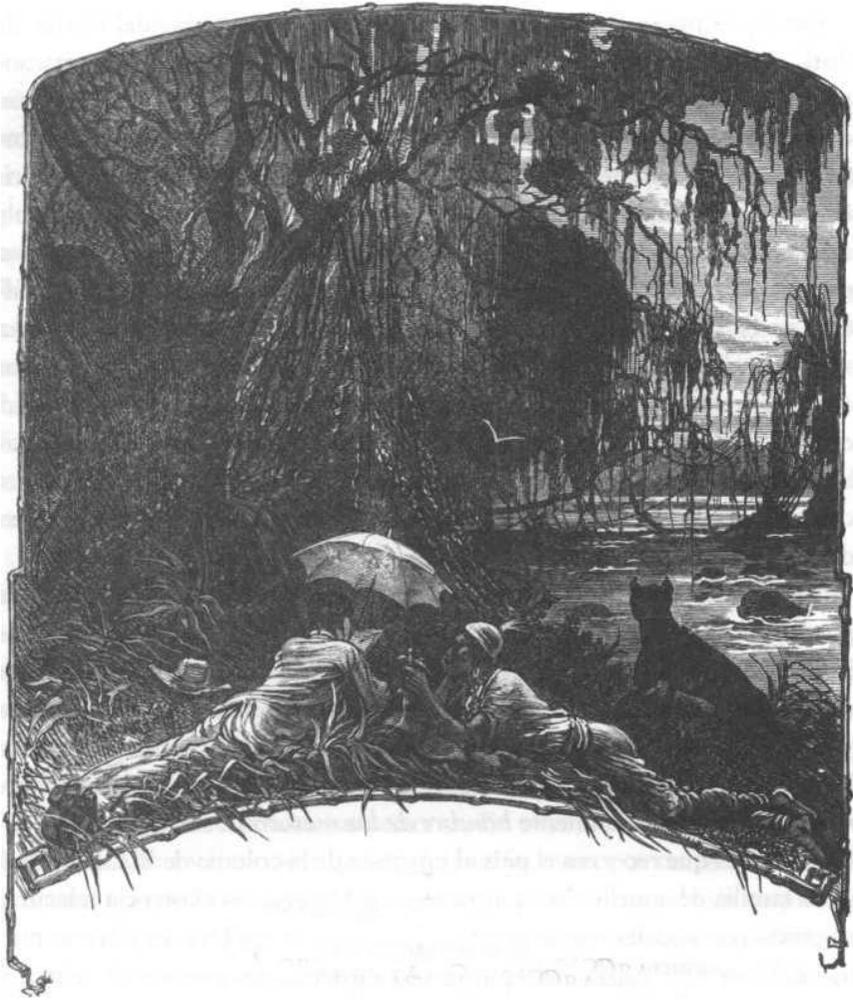
ILUSTRACIONES DE J. FERAT





J. HETZEL ET Cie, 18, RUE JACOB

PARIS



I

A orillas del río Orange

El 27 de febrero de 1854, dos hombres, tendidos al pie de un gigantesco sauce lloran, conversaban mientras observaban con suma atención las aguas del río Orange. Este río, el Grooteriver de los holandeses, el Gariiep de los hotentotes, puede rivalizar con las tres grandes arterias africanas, el Nilo, el Níger y el Zambeze. Como éstos tiene el Orange crecidas, rápidos y cataratas. Algunos viajeros, cuyos nombres son conocidos en una parte de su curso, como Thompson, Alexander y Burchell, han ensalzado cada cual la nitidez de sus aguas y las bellezas de sus márgenes.

En aquel paraje, acercándose el Orange a las montañas del Duque de York, ofrecía un espectáculo sublime. Rocas infranqueables, masas imponentes de piedras y de troncos de árboles mineralizados por la acción del tiempo, cavernas profundas, bosques impenetrables, no hollados todavía por el hacha del *settler*, todo este conjunto, encuadrado en el horizonte por los montes Gariiepinos, constituía un paisaje de incomparable magnificencia. Allí las aguas del río, encajonadas en un cauce estrecho para ellas, perdían súbitamente el fondo y se precipitaban desde una altura de 120 metros. Por encima de la cascada no se advertía más que una sencilla agitación de las capas líquidas rasgadas de trecho en trecho por algunas aristas rocosas orladas con ramaje verde. Abajo, la vista no abarcaba más que un sombrío torbellino de aguas tumultuosas, sobre las cuales dominaba una densa nube de húmedos vapores listados con los siete colores del arco iris. Y de aquel abismo se elevaba un estruendo que aturdía, agudizado por los ecos de la llanura.

De aquellos dos hombres llevados a esa parte del África austral sin duda por los azares de una exploración, uno sólo prestaba vaga atención a las bellezas naturales des-

plegadas ante su vista. Aquel viajero indiferente era un cazador bosquimano, bello tipo de aquella valiente raza, de ojos vivos y maneras activas, cuya vida nómada transcurre en los bosques. La palabra bosquimano –del inglés *bushman*, que proviene del holandés *boschjesman*–, significa literalmente *hombre de los matorrales*. Se aplica a las tribus errantes que recorren el país al noroeste de la colonia de El Cabo. Ninguna familia de aquellos bosquimanos es sedentaria. Su existencia trascurre vagando por aquella región comprendida entre el río Orange y las montañas del Este, dedicándose a saquear las granjas y los campos de cultivo y a destruir las cosechas de aquellos orgullosos colonos, que los rechazaron hacia los áridos terrenos del interior, donde hay más piedras que plantas.

Aquel bosquimano, de unos cuarenta años de edad, era hombre de elevada estatura, y poseía evidentemente poderosa fuerza muscular. Aun descansando, su cuerpo ofrecía la actitud de la acción. La soltura, facilidad y libertad de sus movimientos denotaban un individuo enérgico, especie de personaje vaciado en el molde del célebre Bas-de-Cuir, el héroe de las praderas canadienses, pero con menos calma quizá que el cazador favorito de Fenimore Cooper. Revelábase todo esto por el color pasajero de su rostro encendido con la aceleración de los latidos de su corazón.

El bosquimano no era ya un salvaje como sus congéneres, los antiguos saguas. Hijo de padre inglés y madre hotentota, aquel mestizo había ganado mucho en su trato con los extranjeros y hablaba correctamente el idioma paterno. Su traje, mitad hotentote, mitad europeo, constaba de una camisa de franela roja, una casaca y unos calzones de piel de antílope y polainas hechas con la piel de un gato montés. Pendía de su cuello un saquito que contenía un cuchillo, una pipa y tabaco, y su cabeza estaba cubierta con cierta especie de casquete de piel de carnero. Oprimía su talle un cinturón fabricado rudimentariamente con

tirillas de cuero y campeaban en sus muñecas unas pulse-
ras de marfil confeccionadas con admirable habilidad. On-
deaba sobre sus espaldas un *kross*, especie de capa for-
mada con la piel de un tigre y que bajaba hasta las rodi-
llas. Dormía junto a él un perro de raza indígena. El bos-
quimano fumaba con aspiraciones repetidas en una pipa
de hueso, y daba pruebas inequívocas de impaciencia.

–Vamos, ten calma, Mokum –le dijo su interlocutor–.
Eres el más impaciente de los hombres, cuando no estás
cazando. Pero comprende, mi buen compañero, que no
podemos cambiar nada de lo que pasa. Aquellos a quie-
nes estamos esperando llegarán tarde o temprano, y esto
sucederá mañana si no es hoy mismo.

El compañero del bosquimano era un joven de veinti-
cinco a veintiséis años, que ofrecía vivo contraste con el
cazador. Su temperamento apacible se manifestaba en to-
das sus acciones. En cuanto a su origen, nadie hubiera va-
cillado en reconocer que era inglés. Su traje, por demás
esmerado, indicaba que no le eran familiares los viajes. Te-
nía trazas de un empleado perdido en una región salvaje,
y cualquiera hubiese mirado involuntariamente si llevaba
una pluma en la oreja como los cajeros, auxiliares, escri-
bientes y otras variedades de la gran familia de los buró-
cratas.

En efecto, aquel joven no era viajero sino un sabio dis-
tinguido, William Emery, astrónomo agregado al observa-
torio de El Cabo, útil institución que desde hace muchos
años presta grandes servicios a la ciencia.

Aquel sabio, algo fuera de su lugar, en medio de una
región desierta del África austral, a algunos centenares de
millas de El Cabo, no conseguía vencer sino con mucha
dificultad la impaciencia natural de su compañero.

–Señor Emery –le respondió el cazador en excelente
inglés–, hace ocho días que estamos en el punto de reu-
nión indicado a las márgenes del Orange, junto a la cata-
rata del Morgheda. Pues bien, hace mucho tiempo que no

le había sucedido a ningún miembro de mi familia permanecer ocho días en el mismo lugar. Se olvida usted de que somos nómadas y de que los pies se nos queman al demorarnos así.

—Amigo Mokum —replicó el astrónomo—, aquellos a quienes aguardamos vienen de Inglaterra, y bien podemos concederles ocho días de gracia. Hay que tener en cuenta lo largo de una travesía, los retrasos que remontar el Orange puede causar a su vapor, en una palabra, las mil dificultades inherentes a semejante empresa. Nos han dicho que lo preparemos todo para un viaje de exploración por el África austral, y una vez cumplido esto, que aguardemos en las cascadas del Morgheda a mi colega, el coronel Everest, del observatorio de Cambridge. He aquí las caídas de Morgheda; nos hallamos en el lugar designado y estamos aguardando. ¿Qué más quieres, mi querido bosquimano?

El cazador quería sin duda algo más que esto, porque estaba manoseando febrilmente el cañón de su rifle, excelente *Mantón*, arma de precisión, de bala cónica, que permitía matar a un gato montés o a un antílope a la distancia de ochocientas a novecientas yardas. El bosquimano había renunciado al carcaj de áloe y a las flechas emponzoñadas de sus compatriotas para emplear las armas europeas.

—Pero, señor Emery, ¿no se ha podido equivocar? ¿Está seguro de que le han dado cita en las cataratas del Morgheda y a fines del mes de enero?

—Sí, amigo mío —respondió con sosiego William Emery—. Y ésta es la carta del señor Airy, director del observatorio de Greenwich, que te probará que no me equivoco.

El bosquimano tomó la carta que le ofrecía su compañero, le dio muchas vueltas cual hombre poco familiarizado con los misterios de la escritura, y devolviéndola a William Emery, le dijo:

—Repítame lo que esa carta contiene.

El joven sabio, dotado de una paciencia a toda prueba, volvió a comenzar su relación por vigésima vez. En los últimos días del año anterior William Emery había recibido una carta que le avisaba de la próxima llegada del coronel Everest y de una comisión científica internacional destinada a aquel paraje de África. ¿Cuáles eran los proyectos de esa comisión? ¿Por qué se trasladaba a aquel extremo del continente africano? Emery no podía decirlo, porque la carta del señor Airy no lo manifestaba. Según las instrucciones recibidas, todo se había preparado en Lattakú, una de las estaciones más septentrionales del país de los hotentotes, reuniendo carros de víveres y todo lo necesario para avituallar una caravana de bosquimanos. Después, conociendo la fama del cazador indígena Mokum, que había acompañado a Anderson en sus cacerías por el África occidental y al intrépido David Livingstone en su primer viaje de exploración al lago Ngami y a las cascadas del Zambeze, le ofrecieron el mando de la caravana.

Hecho esto, se convino que el bosquimano, que conocía perfectamente la comarca, guiaría a William Emery hasta las orillas del Orange, en las cascadas del Morggheda, que era el paraje designado para la reunión de la comisión científica.

Esta comisión había debido tomar pasaje en la fragata *Augusta*, de la marina británica, ganar la desembocadura del Orange en la costa occidental de África, a la altura de El Cabo Voltas, y remontar el curso del río hasta las cataratas. William Emery y Mokum habían acudido en un carro que dejaron en el fondo del valle, y cuyo destino era el de conducir hasta Lattakú a los extranjeros y sus equipajes, si no preferían ir por el Orange y sus afluentes, después de haber salvado por un transporte terrestre algunas millas de las cascadas del Morggheda.

Terminada la explicación y bien grabada esta vez en la memoria del bosquimano, éste avanzó hasta el borde de la sima, a cuyo fondo se precipitaba con estruendo el es-

pumoso río. El astrónomo le siguió. Allí una punta avanzada permitía dominar el curso del Orange más abajo de la catarata en una extensión de muchas millas.

Durante algunos minutos, Mokum y su compañero observaron con atención la superficie de aquellas aguas, que recobraban su primitiva tranquilidad a un cuarto de milla de distancia. Su curso no estaba interrumpido por ningún objeto, barco ni piragua. Eran las tres de la tarde. El mes de enero correspondía al de julio de las regiones boreales, y el sol, casi perpendicular en aquel vigésimo noveno paralelo, calentaba la atmósfera hasta los 150 grados Fahrenheit a la sombra. Sin la brisa del este que la templara algo, aquella temperatura hubiera sido insoportable para quien no fuera bosquimano. Sin embargo, el joven sabio, de temperamento seco, todo huesos y nervios, no la soportaba mal. El follaje tupido de los árboles que se inclinaban sobre el abismo le preservaba además de recibir directamente los terribles rayos solares.

